

XX. LA NOCIÓN METAFÍSICA DE NATURALEZA

El capítulo precedente versó sobre la correspondencia entre *physis*, *logos* y *polis*. No es difícil sentirse identificado con algunas de esas posiciones, porque están en el ambiente intelectual que nos rodea. La idea de naturaleza como simple materia sin valor, disponible para cualquier cosa, a la que corresponde el *logos calculante* y una *polis* ordenada fundamentalmente a la producción, a la riqueza, al progreso en un sentido sólo técnico, seduce nuestra voluntad de dominación y de autonomía moral respecto de la naturaleza. La naturaleza concebida como un *caos informe*, a la que corresponde una noción irracional del *logos*, una *antilógica* donde el hombre es el animal irracional, que no acepta valores que le vengan impuestos desde afuera, sino que crea sus propios valores, implica, en el ámbito de la *polis*, en el ámbito moral, la concepción de una libertad sin límites y la pretensión de que la única finalidad de la vida en común es la máxima satisfacción de los deseos. ¿Quién no siente el atractivo de la tesis de Calicles, la oferta del populismo moral que promete satisfacer los deseos? Por último, quizá como una reacción contra la explotación utilitaria o hedonista del mundo, a muchos les atrae la visión de la naturaleza como el gran Todo, del que nada se excluye, que puede ser concebida como la Madre Naturaleza o como Dios. En realidad, no es Dios, puesto que no es el Creador de lo que existe, ni es trascendente. La gran Naturaleza es, simplemente, *todo lo que hay*, un todo respecto del cual el *logos* no es más que una parte. Lo que le corresponde al ser humano, con su razón, es la sumisión, la renuncia a dominar la naturaleza. Sólo le cabe someterse a esa gran Madre Naturaleza y no tocar nada. El ser humano es, entonces, una pieza más en el conjunto de la materia, que no se destaca sobre esa gran naturaleza. Esta concepción podría corresponder a una *polis* estática, a una sociedad rural o a esa gente que huye de la ciudad para formar comunidades alternativas que viven en contacto con la naturaleza. Conocemos esas experiencias y las comprendemos como reacción de retorno a lo primitivo, como una huida de esa concepción dominadora que ha llevado, en ocasiones, al abuso y a la explotación de los dones del Creador. Al carácter dominador de la razón

instrumental y a la índole dionisiaca de la irracionalidad posmoderna, se le opone la vuelta a la naturaleza como orden y armonía cósmicos, pero con renuncia a la superioridad del hombre en el cosmos.

Existe una alternativa más profunda, que procede del descubrimiento metafísico de la naturaleza en la filosofía clásica. Los primeros filósofos descubren la *physis*, la naturaleza, que es el primer tema de la filosofía inaugurada con Tales de Mileto (s. VII a.C.).²²² Ellos describen la naturaleza como algo ordenado. No es un caos, sino que es un cosmos. Este orden es el que descubre también un niño pequeño. Si uno vuelve con su memoria a cuando tenía tres, cuatro o cinco años, recordará que hay una especie de asombro ante el mundo, sobre todo ante las estrellas, los animales, las nubes y las palabras. Volvamos a mirar el universo, a recostarnos para mirar las estrellas. Ante el examen de la naturaleza, de los árboles, las flores, los pájaros, uno se maravilla con la belleza y con el orden. De manera espontánea deseamos conocerlo mejor, explicarlo mejor. Esta experiencia llevó, a los filósofos clásicos, a buscar una explicación, un principio (en griego, *arjé*). Se busca un principio del que nazca la realidad, algo que explique la naturaleza. La naturaleza es ordenada y tiene una explicación que va más allá de las apariencias. La idea de naturaleza implica, además del orden y del principio, que hay algo profundo, una realidad que está debajo del fenómeno y que lo fundamenta, es decir, que puede explicarlo, si logramos conocerla. La naturaleza es esa realidad más fundamental desde la cual brota —nace— aquello que vemos y tocamos, por lo que conocer la naturaleza de una cosa es una parte fundamental de la ciencia y de la filosofía: ir del fenómeno al fundamento.

Además, en la naturaleza hay *jerarquía* y hay *distinción* entre los seres. Se puede pensar todo lo que existe como una sola gran cosa, es decir, la Naturaleza como el gran Todo. Sin embargo, de esa consideración inicial surge el clásico *problema de lo uno y de lo múltiple*: ¿hay una sola cosa o hay muchas cosas distintas? ¿Cómo se relaciona lo múltiple con lo uno? El gran metafísico Parménides llegó a pensar que, en efecto, hay un solo ser: “que es y que no es posible no ser... el otro, que no es y que necesariamente tiene que no ser”,²²³ y que, por lo tanto, la multiplicidad no es más que una parte del fenómeno, de la apariencia sensible, pero no de la realidad inteligible. Los filósofos que se mantuvieron anclados en el sentido común, como Aristóteles, dijeron, por el contrario, que hay una gran unidad del universo, pero

²²² Cfr. Yarza, *Historia de la filosofía antigua*, cit., pp. 25-29.

²²³ DK 18 B 28. Cfr. Yarza, *Historia de la filosofía antigua*, cit., pp. 52 y 53.

es la *unidad del orden*, compatible con que existan seres distintos, reales, que se pueden jerarquizar. Esta mirada del universo como *jerarquizado*, con seres más perfectos unos que otros, choca con la mirada posmoderna de la naturaleza como algo indiferenciado y amorfo.

Salta a la vista, por otra parte, que este *cosmos* exhibe la *belleza*, que santo Tomás de Aquino definía como “lo que agrada a la vista”;²²⁴ eso que vale la pena seguir mirando no para poseerlo, ni para usarlo, sino sólo para admirarlo.²²⁵ Hay cosas que son útiles en la naturaleza. Necesitamos tomarlas, manejarlas y conducirlas a la finalidad deseada; por ejemplo, un pedazo de madera como un instrumento, o hacer, de un conjunto de ramas, un techo. Se descubre lo útil en la naturaleza; pero no es lo primero que se descubre en ella. Lo primero que se descubre en la naturaleza es la belleza, y otra vez tenemos que volver a cuando éramos niños. Entonces veíamos, por ejemplo, una oveja. El niño no pensaba en cuánta lana le podía sacar a la oveja y en cuánto le pagarían por ella. El niño es *metafísico* y, por lo tanto, ve primero la belleza que está en el ser; sólo muy tarde, cuando va envejeciendo, quizá a eso de los diez o doce años, descubre la utilidad, y eso con un cierto trauma psicológico porque es traumático dejar de ser metafísico.

Junto con el concepto de belleza, va, por supuesto, el del bien. Todas las cosas son buenas. Esa tradición no sólo está reflejada en Occidente; también está en Oriente. Algo que es tan bueno, que el hombre se hace bueno cuando está en sintonía con el universo, y esa naturaleza es la que se mueve y cambia. Al comienzo de la filosofía occidental, Heráclito, cuyos fragmentos son de difícil interpretación, parece dar a entender que *todo cambia* y que, en consecuencia, *nada es estable*. Sin embargo, incluso Heráclito habla de un orden en ese cambiar. Heráclito no dice sólo que todo cambia, sino también que *todo es fuego*, un *fuego eternamente móvil*, pero que *crece y decrece según medida*, según el *logos*, la razón, la medida.²²⁶ Incluso en esa visión extrema de la naturaleza como un perpetuo devenir, el movimiento es percibido como un *logos*, como algo inteligible. Con mayor razón es así cuando llegamos a los filósofos posteriores, como Platón y Aristóteles, donde la naturaleza es percibida al mismo tiempo como compuesta de seres distintos unos de otros y en perpetuo cambio; pero su movimiento se da según un *logos*, un orden. Luego, la naturaleza tiene el significado de un todo; pero también significa, especialmente en Aristóteles, *lo que cada cosa es en sí misma*, considerado

²²⁴ S. Th., I, q. 5, a. 4.

²²⁵ Cfr. *infra* cap. XXV.

²²⁶ Cfr. Yarza, *Historia de la filosofía antigua*, cit., pp. 38 y 39.

como *el principio interno de su movimiento y de su reposo*. Esta es una definición clásica de naturaleza: *la esencia de cada cosa considerada como principio interno de sus operaciones*.²²⁷ Esta definición es muy profunda, porque refleja un hallazgo metafísico perenne: que cada cosa tiene *un modo de ser fijo*, que la distingue de otras clases de cosas y que unifica a los individuos que comparten ese modo de ser: poseen la misma *esencia*, son de la misma *especie*, caen bajo la misma *definición*. El ser caballo es algo que unifica en un modo de ser a una serie de individuos —todos los caballos singulares que existen— y que, a su vez, los diferencia de todo el resto del universo. Ese modo de ser estable los sitúa en ese orden universal, en esa jerarquía.

El término *naturaleza*, aunque en la práctica se usa como sinónimo de *esencia*, en estricto rigor añade algo. “La escolástica diferenciaba la esencia de la naturaleza: la naturaleza es la esencia considerada como principio de operaciones”.²²⁸ El concepto de esencia hace referencia a *lo que una cosa es*, con una connotación más estática. En cambio, el concepto de *naturaleza* indica, sí, lo que la cosa es, pero como principio de las operaciones por las que el ser se ordena hacia una plenitud de su ser (*telos*, fin perfectivo). La naturaleza tiene la connotación de lo que nace; es lo que la cosa es, pero considerado como el origen, el despliegue de las posibilidades de esa cosa, y de ahí esa definición tan precisa ya citada: *la naturaleza es la esencia considerada como principio de las operaciones*; aquella realidad más profunda desde donde surgen las operaciones más superficiales de una cosa. Por eso, las ciencias estudian las operaciones de las cosas para conocer su naturaleza. Esta concepción de la naturaleza está detrás de todo el desarrollo científico. Si la ciencia se hubiera basado en la visión meramente utilitaria de la naturaleza, no habría habido el desarrollo de todo ese conocimiento especulativo, es decir, no se habría dado esa exploración del universo con independencia de la utilidad, movida por el amor a la sabiduría y el asombro de los grandes sabios. Desde luego, tampoco habría ciencia si los científicos adoptaran la visión de la naturaleza como una masa indiferenciada de materia. El científico quiere penetrar en un orden que presupone como real, porque ama la verdad por sí misma y da por supuesto que existe y puede ser conocida.

²²⁷ Cfr. García Cuadrado, José Ángel, *Antropología filosófica*, Pamplona, Eunsa, 2001, p. 121, y Alvira, Tomás *et al.*, *Metafísica*, Pamplona, Eunsa, 1993, p. 94.

²²⁸ García Cuadrado, *Antropología filosófica*, *cit.*, p. 189.